



LA DEPRIVACIÓN SIMBÓLICA

Juan José Calzetta*

El trabajo cotidiano en análisis con niños obliga a confirmar que la edad de los pacientes no los hace inmunes a la crisis que forma parte de la vida cotidiana. No existen aún, probablemente, investigaciones que registren el fenómeno en términos cuantitativos, pero no puede dejar de advertirse, como cuestión general, la proliferación de nuevas formas del malestar en la población infantil: trastornos atípicos del estado de ánimo, de la atención, de la alimentación, del control de los impulsos -en particular episodios de agresividad extrema-, crisis de angustia incontrolable, etc. No es, por supuesto, que sean realmente nuevas en sí mismas; lo novedoso es, más bien, la frecuencia con que se presentan. Hace falta profundizar la mirada para discernir si se trata en verdad de una tendencia general, si tal efecto responde a una mutación en las formas predominantes de organización subjetiva, si es propio sólo de nuestra escena o se asemeja a lo que ocurre en otros países o continentes, si es posible encontrar en la clínica los nexos causales entre la situación de disgregación social y los padecimientos específicos, y varias otras cuestiones igualmente fundamentales.

Pero resulta también pertinente desplazar el acento a otro aspecto del problema, tal vez menos ligado a la cotidianeidad de la práctica clínica -por lo menos a la del consultorio-, y que, sin embargo, hace en forma directa a la formación como psicoanalistas y como trabajadores de la salud. Se trata del efecto más general de la crisis sobre quienes se encuentran en situación de riesgo psicológico y social. O sea, para expresarlo de manera directa y simple, los niños pobres, que son, en realidad, la mayoría de los niños argentinos. Tal vez, para muchos de los que habitan el país esta estadística es en sí misma un verdadero hecho traumático; tanto, que se corre el riesgo que la repetición de las imágenes y las palabras terminen tornando banal el horror, como en una especie de desmentida colectiva.

La elección de este enfoque obliga a enfrentar cuestiones previas. En primer lugar, el tema de la crisis en sí, lo cual naturalmente excede el campo del

* Profesor Titular de la Cátedra Psicología Evolutiva Niñez. Facultad de Psicología. UBA. Profesor invitado de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES.



psicoanálisis. A modo de referencia superficial, se impone la convicción de que, en su dimensión económica y en sus consecuencias sociales, dista de ser de comienzo reciente. Los análisis de especialistas en el tema confirman esta intuición y remiten sus inicios tal vez a varias décadas atrás, dicho sea esto tan sólo como para plantear una idea aproximada del contexto en el que se manifiestan los efectos a los que se refiere esta reflexión. Otro tema relacionado con el primero: ¿Cuál es la participación que nos compete como psicoanalistas frente a esta realidad abrumadora? ¿Es compatible nuestra formación con el abordaje de la dimensión social del problema, o bien deberíamos restringirnos prudentemente al caso aislado o, cuanto mucho, al pequeño grupo?

Pistas para la respuesta pueden encontrarse ya en los comienzos del psicoanálisis: en la obra de Freud es manifiesta la preocupación y el aporte sobre temas de la actualidad colectiva. Numerosos escritos señalan la posibilidad y la necesidad de la injerencia del psicoanálisis en temas que abarcan a la sociedad en su conjunto, ya que esa manifestación de lo psíquico a nivel de lo general constituye también, legítimamente, el campo de estudio específico de esta disciplina (ver, entre otros ejemplos, Freud, 1908, 1915, 1921, 1929, 1933). Los aportes de los últimos años confirman, por cierto, esa afirmación (Ver, por ejemplo, Castoriadis, 1997).

La pregunta a formular sería entonces sobre la peculiaridad del actual funcionamiento social y la subjetividad que en su seno se produce; tal vez con la ambición de agregar algún aporte sobre las nuevas formas del malestar en la cultura. El tema es, por cierto, demasiado vasto; este artículo sólo tratará de mostrar lo que constituye, probablemente, uno de los aspectos más ominosos pero menos evidentes de la crisis; a saber, un efecto subjetivo permanente sobre buena parte de la población, generador en sí mismo de resistencia al cambio y productor de un movimiento de profundización de la desintegración de los vínculos sociales y del malestar colectivo.

Es un lugar común repetir que en esta crisis la niñez está en situación de riesgo. Ahora bien: ¿no es acaso el riesgo inherente a la infancia misma? ¿Para qué harían falta, si no, tanta protección, tanto sostén, tanto homenaje a los padres abnegados? El problema debe precisarse: ¿Qué ocurre cuando un cataclismo arrasa todo sostén y la potencialidad del riesgo se hace agresión desembozada?

Una agresión cuya manifestación primaria consiste en una sustracción de puntos de apoyo para la constitución subjetiva. A partir de la teoría psicoa-



nalítica se sabe, por ejemplo, que el aporte amoroso materno no es tan sólo un suministro conveniente; es más bien la sustancia básica desde la cual se construye la esencia del sujeto psíquico, es decir, su dimensión deseante. La tarea constructora de la pulsión de vida se apoya en el cuidado materno y se realiza, en primer lugar, en el almacén del sistema representacional. La acción contraria, la de la pulsión de muerte, tiende a la desinversión. Ésta debe concebirse como una pérdida en el órgano de cualificación de las cantidades de excitación; tal es el efecto primigenio de la pulsión de muerte en su labor intrapsíquica (Green, 1972).

Esto equivale a afirmar que, cuando el sostén y la protección faltan –y se trata tanto del sostén materno como el de la familia que sostiene a la diada, el de la comunidad que sostiene a la familia, y así en círculos concéntricos, si se aborda el problema de la constitución subjetiva desde una perspectiva ecológica- la almacén del aparato psíquico resultará perturbada. Ello se observa en la clínica, por ejemplo, en un aumento notable en la frecuencia de mecanismos de defensa primitivos, como la disociación o la desmentida, en lugar de la represión y el consiguiente retorno de lo reprimido, característicos de las neurosis de transferencia. Se ve allí un efecto de la pulsión de muerte que, desmezclada de Eros, ataca las condiciones mismas del funcionamiento psíquico.

Creo que debe centrarse el foco en los efectos que la carencia de holding adecuado produce en los distintos momentos del desarrollo. En cada fase de la estructuración psíquica se hace necesario un determinado suministro provisto por el auxiliar –que no se trata tan sólo de un agente personal, sino más bien de una función cuyos límites se confunden con la acción del entorno sociocultural-. Fue abordado por varios autores (Spitz, 1968; Winnicott, 1980, entre otros) el efecto contrario a la organización psíquica de la falta de sostén materno en los momentos iniciales de la constitución psíquica. Puede prolongarse el sentido de esos descubrimientos, y sostener que cada uno de los períodos ulteriores exige aportes específicos en la misma dirección. En otras palabras: durante todo el proceso de constitución de las estructuras psíquicas es necesario para el sujeto contar con un sistema de apuntalamiento en que el otro (o, mas bien, los otros) logre ejercer cada una de las posiciones posibles: auxiliar, modelo, objeto y aún rival. A partir de vivir esos modos de la experiencia podrá el sujeto en constitución establecer y consolidar aspectos como el de la alteridad radical del otro, un logro sin el cual la vida en comunidad se haría improbable. Es frecuente que ese camino, que apunta a la autonomía y también, al respeto, no logre transitarse en su totalidad. La falta de esos pun-



tales, o su claudicación prematura, influirá en el alcance de tal limitación.

El conflicto inevitable entre Eros y pulsión de muerte (Freud, 1920), permanente a lo largo de la vida, admite dos direcciones posibles. O bien se orienta hacia la consolidación de un sistema capaz de lograr una mayor complejización, discriminación y organización psíquica (condiciones de la creatividad, la posibilidad de demora, la aceptación de las diferencias), o bien tiende a la simple eliminación de tensiones, a la búsqueda del cero, al narcisismo de muerte (Green, 1972). En el primer caso, la tendencia disgregadora encuentra su lugar dentro del proyecto vital; es destructividad al servicio de la vida. Son sus rendimientos, entre otros, el pensamiento basado en el símbolo lógico de la negación y la posibilidad de tolerar, elaborar y aún aprovechar los desprendimientos que sobrevienen en el curso de la vida. Castoriadis enfatiza en este sentido el significado de la imaginación radical como propiedad inherente a la especie humana (Castoriadis 1998) En el segundo caso, los apremios vitales, exigencias de trabajo para el aparato psíquico, llevan al fracaso de los mecanismos cualificadores de mayor complejidad. El psiquismo se verá obligado entonces a apelar a recursos elaborativos más primitivos, más ligados a la destructividad. Dos conclusiones se imponen de inmediato. La primera, que este último parece ser un camino dolorosamente frecuente en la violenta actualidad de nuestra sociedad. La segunda, que quedará ubicada en el centro del problema la calidad del sostén, condición de la complejización psíquica, en el caso de los niños carentes de la presencia o la protección de adultos.

Es posible encontrar en la realidad mundial un contexto para lo antedicho, en la desaparición de las seguridades que sostenían hasta hace algunas décadas la organización social. Se propone, para definir la característica de la época, una crisis que lleva al derrumbe de la auto representación de la sociedad, al punto de que ésta deja de representar algo para sí misma; es decir para el conjunto de individuos que la sostienen en su comunidad imaginaria (Castoriadis 1997). Nuestra realidad nacional, dramáticamente agravada en los últimos tiempos, agrega su parte a la sinergia destructiva contraria a la contención y el sostén necesario para la organización psíquica.

Los así llamados "chicos de la calle" dan un testimonio extremo, comprensible en relación con el mencionado déficit de sostén. Se trata de niños abandonados o carentes de la presencia o la protección de adultos, o con padres ausentes o violentos, a menudo en la medida en que ellos mismos fueron o son violentados. Son protagonistas de un movimiento adaptativo extremo: deben aprender a vivir en un medio no protector, generando ellos



mismos, con sus propios recursos, las condiciones de la supervivencia. El ejemplo permite intentar una transposición, hacia un momento posterior de la constitución subjetiva, de la fértil contribución de Winnicott sobre "El papel de espejo del rostro de la madre" (Winnicott, 1969) donde reflexiona sobre las consecuencias que para el psiquismo del niño tiene el que su madre no funcione como espejo, devolviéndole su sentimiento de existencia, sino como una realidad externa que debe ser prematuramente tomada en consideración. Los chicos de la calle logran sobrevivir en sus propias circunstancias porque organizan, también prematuramente, formas adaptativas que salvan su vida pero limitan su desarrollo. Faltos del sostén de sus familias, se juntan en las "ranchadas", una forma espontánea de organización social que los sostiene en su trama. Carentes de lugares y objetos en cuya posesión logren apuntalarse, encuentran en el mapa impersonal y ajeno de la ciudad los escondrijos secretos donde ocultan sus pocas pertenencias: una foto vieja, un juguete, los restos de una carta.

Un efecto mayor -que no sólo se refiere a los chicos de la calle, que tal vez constituyan un ejemplo extremo- es que se consolida una clase particular de excluidos de la cultura, condenados a compararse, diariamente, con quienes a metros de distancia gozan de sus bienes. Esta oposición tiende a generar un crudo antagonismo, en tanto la afirmación de sí sólo puede provenir, a menudo, de la negación de los otros. No puede dejar de advertirse que esta polarización radical del lugar del otro es la primera consecuencia de una considerable fragilidad psíquica como característica generalizada, producto de las condiciones descritas, en la que el peligro que amenaza al Yo es el de la aniquilación. Es ciertamente, como se señaló, mucho más que el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido, movimiento que reconocemos sin dificultad en las manifestaciones de las neurosis de transferencia: se trata, en cambio, de la pérdida de investiduras, lo que equivale a decir una pérdida en la misma esencia del Yo, en tanto órgano de cualificación, que obliga a la puesta en marcha de mecanismos defensivos extremos. A partir de tal circunstancia, los sistemas de valores que se generan en ámbitos más o menos determinados se organizan alrededor del ejercicio de la violencia: se es en la medida en que se pueda eliminar físicamente al otro diferente, o dañarlo de alguna manera. No parece un exceso pensar en la génesis de un Ideal del Yo peculiar, antagónico con lo que el resto de la sociedad concibe como valor.

La pérdida de la trama social -sostén de cada una de las subjetividades- es una realidad que puede verse crecer día tras día. Pero esa pérdida no se sostiene como mero vacío, sino que reclama de inmediato nuevas ligaduras.



Cuando la realidad hace insostenible la complejidad, sello de Eros, las soluciones halladas deben derivar sin remedio hacia lo determinado más del lado de la pulsión de muerte; es decir, de las investiduras que reclaman menor complejización.

La búsqueda de límites para la inestabilidad y la tendencia a la desinversión pueden manifestarse, por ejemplo, en el desesperado aferramiento a objetos como las drogas que, aunque dañinos, garantizan al menos su permanencia, además de proveer alguna forma de identidad –como ilusión unificadora y sustancializante– en la pertenencia a grupos marginales. En el extremo sádico se muestra la violencia en sus más variadas y gratuitas formas.

Insisto con lo que señalé al comienzo: la consecuencia de los años de marginación, de crisis económica, de destrucción del tejido social es insidiosa. No se advierte con claridad en los indicadores económicos pero está allí para quien quiera verlo. Se instala una verdadera resistencia al cambio propia de la marginalidad y la carencia, una fuerza interna a la organización de la subjetividad que se construye en tales condiciones, que se opone a los intentos de modificar la situación. Cabe introducir aquí el concepto de “deprivación simbólica”, cuyos efectos destructivos se agregan a los de la carencia alimenticia y a la deprivación afectiva y abarcan a franjas crecientes de la población. Ni siquiera hace falta recurrir a los ejemplos impresionantes, como los de los niños más pequeños, que viven drogados en brazos de quienes los usan como señuelo para la limosna, o los de los otros que, apenas mayores, procuran encontrar un rastro de comunidad en la ocupación compartida de aspirar vapores de una bolsa con pegamento. Sin llegar a esos extremos, un número creciente de niños es excluido, por ejemplo, de la posibilidad de la lectura y de la consiguiente reflexión analítica que ella facilita, o de la del jugar como actividad central de su vida.

Entre las formas de abuso y maltrato –como la desnutrición, la deprivación afectiva, el abandono, la violencia económica, las continuas migraciones y desarraigos– la “deprivación simbólica”, más sutil, provoca desvalimiento psíquico y el intento obligado, a posteriori, de estrategias de elaboración que terminan dañando al sujeto mismo o al medio. Se trata, en definitiva, de la exclusión de una franja de sujetos de los bienes simbólicos propios de su cultura, huérfanos entonces en ese sentido y obligados a inventarse una forma de autosostén que, a menu-



do, no puede orientarse sino en el sentido de la destructividad.

En resumen: el recurso simbólico cuyo ejercicio queda sancionado por la pertenencia sólida a un entramado social parece ser el único válido para la tarea psíquica primordial de la elaboración de lo cuantitativo. Su falla tiende a conducir a la repetición de conductas que procuran ligar apelando al masoquismo primario, al sadismo, a las formas más primitivas de dominio. Es más fácil y de aprendizaje más temprano la destrucción que la construcción. Si se carece de la posibilidad de apoderamiento simbólico, las formas más primitivas de la tendencia al apoderamiento serán entonces las únicas disponibles.

No hay un sencillo camino de salida. Pero en este terreno, el colmo de las "actividades imposibles" a las que se refería Freud, espera al psicoanálisis el desafío mayor de los próximos años.

Primera versión: 8/10/03

Aprobado: 12/11/03

Bibliografía

Castoriadis, C: El avance de la insignificancia. Eudeba, Buenos Aires. 1997.

Hecho y por hacer (Pensar la imaginación). Eudeba, Buenos Aires, 1998.

Freud, S.: (1908) "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna". *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992

(1915) "De guerra y muerte. Temas de actualidad". Ob. Cit.

(1920) *Más allá del principio del placer.*

(1921) *Psicología de las masas y análisis del Yo.*

(1929) *El malestar en la cultura.*

(1933) "¿Por qué la guerra?"



Green, A.: (1972): *De locuras privadas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1990.

Spitz, R: *De la naissance á la parole*. P.U.F., Paris, 1968.

UNICEF: *El interés superior del niño. Hacia una síntesis de los derechos del niño y los valores culturales*. Buenos Aires, 1997.

Estado Mundial de la Infancia 2001: Primera Infancia. Buenos Aires, 2001.

Winnicott, D: *La familia y el desarrollo del individuo*, Buenos Aires, Hormé, 1980.

Resumen

El trabajo relaciona ciertas formas del malestar infantil con circunstancias que corresponden al ámbito social, en particular, la crisis que aflige a la Argentina en los últimos años. Aborda la cuestión en relación con los niños más pobres –y, por tanto, más expuestos- e introduce el concepto de “deprivación simbólica” para dar cuenta de la particular subjetividad que se produce en tales condiciones. Se intenta una aproximación metapsicológica tomando en consideración el conflicto entre Eros y Pulsión de Muerte.

Palabras claves: malestar; disgregación social; población en riesgo; exclusión; producción de subjetividad; pulsión de muerte; falta de sostén; destructividad.

Summary

This paper relates certain kinds of infantile uneasiness to matters arisen from the social environment, particularly, the crisis which Argentina has gone through within the past years. The subject is developed by focusing on the poorer children –and therefore, the most exposed– introducing the concept of “symbolic deprivation” to explain the particular kind of subjectivity produced in such conditions. A metapsychological approximation is intended by considering the conflict between Eros and the death instinct.

Key words: uneasiness; social dissociation; population at risk; exclusion;



production of subjectivity; death instinct; absence of support; destructiveness.

Résumé

Le travail mis en rapport certaines formes du malaise chez l'enfant avec des circonstances qu'appartiennent à l'entourage social, en particulier la crise qui frappe à l'Argentine dans les années dernières. Il aborde la question par rapport aux enfants plus pauvres -et par conséquent plus exposés- et il introduit à la fois la notion de "déprivation symbolique" pour rendre compte de la particulière subjectivité que l'on produit dans telles conditions. On essaie une approche métapsychologie en prenant à considération le conflit entre Eros et Pulsion de Mort.

Mots clés: malaise; désagrégation social; population à risque; exclusion; production de subjectivité; pulsion de mort; manque de soutien; destructivité.

Juan José Calzetta
Anchorena 1317, 4° "7"
(1425) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4822-3850
jcalzett@psi.uba.ar